

El límite de hombre

Hay hombres, se lo digo yo, que vienen y se van sin haber venido.

Me hubiera gustado irme así, sin haber estado. Pasar del mundo sin saberlo, como esos hombres de los que hablo: estancias que se diluyen en el aire. ¿Ha soplado sobre un diente de león? Flotan desvaídas las costras del tiempo. Pero no ponga atención a eso, hablamos de un tema importante. Hay personas que se retiran sin saber qué ha sucedido, no importa el ancho ni el largo. Escúcheme, se lo digo yo. No se levante, será un segundo, aún quedan diez minutos.

Cuidado con el ave, esa ave posada sobre su cabeza. Un animal curioso, el quebrantahuesos, un ave hija de puta. Ahí donde la ve, así de linda, es un ave carnívora. Su lindo canto se alimenta con la carne pegada al hueso, con los tendones, con el tuétano. No se vaya, déme diez minutos; aquí, en este lugar, es ésta mi banca. Siéntese un momento.

Hay hombres, le decía, que no se enteran. No se confunda, no está hablando con un charlatán. ¡Qué me importa la tranquilidad, qué valor tienen los labios! Le estoy hablando de eso que llena una vida, la suma de instantes que impide a un hombre sentir el tiempo. Le estoy hablando del vuelo sin retorno, el espacio en el que todo culmina. ¿Alguna vez ha sentido la necesidad de poseer? ¿Ha perdido el interés por un objeto cuando lo posé? ¿Y si comienza a sucederle todos los días con todas las cosas y todo el tiempo? No recargue la espalda, la madera es vieja y puede quebrarse. ¿Ha roto una madera con las manos? Se encajan las astillas en el límite del tiempo.

Le decía, perdone usted el exabrupto, que existe un punto sin retorno. No se trata de saber o no saber ni de querer o no querer, se trata, amigo mío, de cruzar el límite de hombre, la línea que divide los instantes.

No se mueva, se ha posado el ave sobre su cabeza. Sujete el tiempo, se lo digo yo, si no lo suelta se diluye su apetito. No cruce la línea, no mude el espacio, no oferte el brillo de sus ojos. La sed habita sus entrañas. Una sed de movimiento. ¿Ha pisado el corazón de un charco? Astillan las semillas el espacio. La acción con que termina su deseo es su alimento. Pero no se fije, no tiene importancia, le estoy hablando de otra cosa.

Cruzar el límite es volverse condenado. La luz nace al interior de las pupilas. En las manos el abismo de memoria, como cuenco; en los labios el despeño de quimera, como afluente. Condenados antes de la imagen, presos del instante, del vano inmensurable. Atrapados en el charco, en la líquida simiente que astilla los segundos. ¿Sabe usted lo que implica ser esclavo de los ojos? Deciden las pupilas lo que mira, en el iris el espacio se recrea, la cornea da permiso al tiempo. No necesita del instante para definirse la figura.

No se levante, estamos comenzando. Déjeme explicarme. ¡Qué no se levante! Tengo aún varios minutos. No me mire de esa forma, no son suyos los objetos, las palabras que enjuicia su mirada. Siéntese aquí conmigo, cierre los ojos. ¿Le gusta el paisaje de mi reino? Mío es el estanque y el establo, más la palabras que observa en la distancia.

Quédese y escuche lo que tengo que decirle, aunque sé que pierdo mientras tanto el interés por lo que digo. ¿Ha tratado alguna vez de asirse a lo que huye? No ponga el pie sobre la mancha. ¿Ha tratado alguna vez de hacerse del aire, encerrarlo en sus pulmones? Levante el pie y súbalo a la banca. No se sienta tan seguro sobre el suelo. No será la tierra. La membrana esconde los huesos. Serán la piel y los pelos. Un dos tres por la tibia, el peroné y el fémur.

Cruzar el límite de hombre despedaza el contenido, desmiembra la figura, desgarrar el instante. La sucesión deslava los sonidos, más allá del charco se deshacen. En la boca el mundo como piedra, en la lengua insípida y rugosa. Se desvanecen los olores si cruzas el instante. Abre las alas el ave. Lo real deslíe la membrana de su copia.

Saliva ansioso su pico. Se vuelve uno con su doble. Si desatas el tiempo lo alimentas. Su doble es él en otro instante. Yo soy lo que recuerda, quien espera al que antecede.

Crucé el límite hace tiempo. En el espacio lo que sigue, vive en mí el quebrantahuesos. Se alimentan mis ojos en el charco. Mío es el pico y el establo, la palabra carne y el castillo.

He roto con las garras la membrana. ¿Qué haría usted si conociera cada ruido? No mire su reloj, no me gustan las presiones. No es su doble la metáfora que escupo. ¡No me vea con esos ojos! No la escupo, soy la metáfora que sale de mis labios, del pico que a veces son mis labios. Hace apenas un instante ha cambiado el instante. El quebrantahuesos dibuja círculos concéntricos. Se deshace en medio la membrana. Levante el pie, está pisando mi mancha, mi charco, mi lengua, mi sonido. No toque mis paredes, no se acerque a mi epidermis, deje en paz mi plumaje. Usted no sabe de castillos, usted no entiende de palabras.

Imagina la metáfora, si acaso la recuerda. Recargue la espalda en la banca, con cuidado, es vieja la madera. No es capaz de meterla en este instante, no es capaz de habitarla en el presente. No abra los ojos, deje quietas mis piedras, cada una de mis gotas. Yo soy lo que imagino, es usted lo que recuerda, lo que anhela. Yo soy la metáfora y el tiempo. Es usted el linde de las cosas. Yo soy el sentido, usted es quien bautiza. Soy el contenido, es el bote que me encierra.

¿Ha visto el mundo desde el cielo? ¿Convertirse en manchas lo que observa? Mi reino abarca lo que olvida su mirada. Mi tierra está compuesta de aquello que desea, que deseó, que deseará los días siguientes. Su patria es todo lo que yo he olvidado. Su sentido es mi renuncia. Suyo es lo real, mío lo doble y sus copias. Si usted acepta lo llevo hasta mi globo. De vez en cuando duerme el pájaro en las nubes. De vez en cuando dejo el pico en el armario. Y soy un ser común ante mi charco.

¿Le gusta hacer patitos en el agua? Rebotan las lajas, brincan en la piel de la frontera primigenia. Después se hunden cansadas. Vivo yo donde usted imagina, usted vive donde yo he olvidado. Levántese, venga conmigo, acompáñeme al estanque. No ha sonado la chicharra. No gire la cabeza, no se deje deslumbrar por la memoria. Levante el pie que aplasta usted mi mancha. No se aleje, no me suelte la mano. Déjeme sentir sus dedos en los míos.

No mire hacia atrás, hágame caso, no mire tampoco hacia adelante.

Pegue la espalda al respaldo. No toque las paredes. Cuidado con los charcos, ha llovido sobre el reino. Hasta donde alcanza la mirada. Usted no sabe de castillos. Cuidado con el lodo. El suelo es resbaloso, cuidado con los charcos. La vereda también me pertenece. Esa piedra no nos sirve. Lajas, necesitamos discos calcáreos. Se lo digo yo, hágame caso, soy experto en piedras y en pájaros y en manchas y en picos y en globos.

¿Sabe usted cómo eran las armas de los hombres primitivos?

Golpes de negro cristal afilan las horas. La obsidiana es la espuma del aire nocturno. Perdóne usted el exabrupto. Disculpe y déjeme insistir: esa piedra no nos sirve. Siéntese aquí, si quiere puede recargarse, la madera del respaldo es firme como hueso. Brincan las lajas, luego se hunden. El momento en que rasga una piedra la piel líquida del agua es el instante perfecto, el lugar en que una gota astilla el aire es todo el espacio, el universo completo.

Déjeme mostrarle.

No me mire a mí, amigo mío, mire hacia el estanque. Esta es la piedra indicada, como arma primitiva. ¿Ha visto? ¿Ha visto lo que le digo? ¿Hundirse la laja? ¿Saltar el hálito simiente? Si quiere lo repito: esta roca también es perfecta. Se agrieta la muralla. ¿Ha visto una oruga salir de su capullo? Primero saca las alas. No se levante, amigo mío, voy yo hacia la banca. No despegue la espalda. Antes salen las alas, después la cabeza y las antenas.

Recórrase un poco, déjeme sentar a su lado, tomar su mano, sentir de nuevo sus dedos. ¿Le gustan las frutas o las verduras? Puedo pedir que le traigan manzanas, puedo decirles a mis sirvientes. ¿Rojas o amarillas? Me gustan más las ciruelas, nunca tienen gusanos, nunca empastan la boca. No se levante. Perdón por desviarme. ¿Ha perdido alguna vez el interés por lo que dice?

Nuestro asunto es el hombre, no, la frontera del hombre, no, el instante, no, la metáfora, no, nuestro asunto es el ave.

Hay hombres, amigo mío, aves cuya vida termina cuando aún están vivas.

Pájaros que cruzan la línea y se convierten en sombras: queda sólo la inercia. El cuerpo de un ser desplumado.

Un motor consumiendo energía.

¿Le ha sucedido que al poseer un instante se arrepiente de haberlo deseado? ¿Ha sentido que se vuelve real el deseo, que desear se convierte en la copia? Amigo mío, usted no lo sabe. No me suelte la mano, no se enoje conmigo. Se lo digo con todo respeto. Usted imagina, no es capaz de ser lo imaginado. Usted sólo conoce el color de las cosas, no es capaz de volverse las cosas. Eso del fondo es mi castillo.

¿Ha soplado sobre un diente de león?, ¿pisado el corazón de un charco?, ¿quebrado una madera con sus manos? Amigo mío, usted se detiene ante la línea que cambia el sentido. A usted lo frenan el aire y el tiempo, la transfiguración del espacio ayer conocido. ¡Cuánta envidia, cuánto odio, cuánto amor inasible!

Me gustaría comerme su cuerpo, empezar con los dedos, para que no me suelte, para que no me deje. Me gustaría que probara mi carne, juro que sabe a lo que usted ha deseado.

Cruzar el límite de hombre es volverse palabra. Es hacerse la imagen del doble, vivir desahuciado por usted que sólo imagina, que divorcia el ser de la nada. No se levante, no se vaya. ¡Que no se levante! La chicharra no ha roto el silencio.

La luz que imagina brillante me ha cegado hace tiempo. El olor que lo anima en mi nariz se ha aburrido. He vivido lo que usted apenas anhela y me ha dejado un sabor absoluto en los labios. Amigo mío, ya se lo he dicho, no hay retorno para quien cruza el límite de hombre, para quien funde la vigilia y el sueño, para quien rasga la delgada membrana.

No mueva el pie, no mire el reloj, no baile más sus tobillos. No quiero pensar que desea levantarse, no quiere despertar al ave dormida. Si tiene calor puede abrirse la bata, tirarla al suelo y pisarla, aquí nadie habrá de juzgarlo. Es mi castillo, mi establo y mi estanque. Mis dominios son inasibles, para usted no son reales. ¿Ha visto el mundo desde el cielo? ¿Ha encerrado en sus pulmones el aire?

Levántese, venga conmigo, lo llevaré hasta mi globo. Podemos subir, observar las fronteras del hombre, los muros de piedra. ¿Se atreve a negar que el límite es la mirada? ¿Se atreve a decir que no es impuesto el final por el ojo? En mi cabeza habitó hace tiempo el deseo. En su cabeza habita todos los días. Mi mundo es lo que creo, cree usted en el mundo que otros crearon. Usted es la repetición de lo que nunca sucede. Yo soy el temblor que deja en el cuerpo el vacío de temblor: la imposibilidad de ser sorprendido.

Su muerte es imaginar la belleza y no poder devorarla. La mía, querido amigo, sería usar sus dientes. No me basta lo que usted imagina, yo soy el sueño. Mi muerte, querido doctor, sería desplegar en acordeón lo que llena la vida. Usted es las cosas, yo soy el instante.

No me suelte la mano, no me la suelte. Mi reino se queda a veces vacío. He perdido mi sombra. Es de carne el cuerpo que observa, de hombre la voz que sus oídos escuchan... ¿es humano el timbre que escupen mis labios? No me suelte, no suelte mi cuerpo, la frontera que divide el agua del aire. No me suelte, no me deje desvanecerme en el tiempo. No se mueva, mantenga inmóvil el cráneo: el quebrantahuesos ha vuelto. No levante los párpados, no me oferte sus ojos. Soy un ave sedienta, mi alimenta es la carne que ciñe los huesos.

No me suelte, en el lodo se pudre el capullo, necesito recogerme, levantar del suelo mi sombra. Cruzar el límite de hombre es rasgar la membrana. ¿Ha visto usted las herramientas primitivas, los cuchillos de obsidiana? Gotas de bruno cristal abren la pleura del tiempo. Si me suelta usaré el pico.

Venga conmigo, lo llevaré hasta mi globo. Rasgar la membrana y salir al encierro. Tenga cuidado, no vaya a caerse. Cuidado con los charcos. Ésos de allá son nogales. ¿Prefiere la fruta? Puedo ordenar que le traigan manzanas. No mire el reloj, la chicharra no quiere escucharnos.

Guarde silencio, no entorne los ojos. ¿De qué límite está usted hablando? Me gustan más las ciruelas. No vuelva la cara, no suelte mi mano. Deje ya de contar los segundos. No pise el charco más grande. La membrana de plata se seca en el suelo. No gire la cara, no entierre los ojos. ¿Ha buscado asirse a la fuga, apresarse el fracaso, alimentarse de tiempo?

No voltee la cabeza, cierre los ojos. No sé a qué se refiere. El límite de qué

espacio, de qué reino me habla. Qué encierro está usted nombrando.

¿Ha pisado el corazón de un estanque? Ahogan las gotas las heridas abiertas. ¿De qué palabra me habla, de qué establo? No conozco más límite que el capullo caído, más derroche que unas alas sin fuerza. ¿Le he hablado a usted de mi globo? ¿Ha visto la tierra desde el cielo? ¿Convertirse en manchas las cosas? ¿Desaparecer las fronteras?

Se ha nublado la tarde, sonará en este instante la chicharra. ¿Ha visto usted dónde puse el pico?

No me mire con esos ojos. Déme un minuto, no tardo más de un instante, no existe más que este instante. ¿Ya le dije que soy el instante? Siéntese aquí, no recargue la espalda en mi banca, la madera está vieja, puede quebrarse. ¿Alguna vez ha soplado sobre un diente de león? Flotan perdidos los fragmentos del tiempo.

Podría usted recorrerse, no quiero molestarlo pero se ha sentado en mi cuerpo. Si tiene calor puede quitarse la ropa, nadie habrá de juzgarlo en mi reino. Yo soy el tiempo.

Emiliano Monge